Master Negative Storage Number

OCI00044.02

Historia de la celébre reina

Madrid

[1893?]

Reel: 44 Title: 2

BIBLIOGRAPHIC RECORD TARGET
PRESERVATION OFFICE
CLEVELAND PUBLIC LIBRARY

RLG GREAT COLLECTIONS
MICROFILMING PROJECT, PHASE IV
JOHN G. WHITE CHAPBOOK COLLECTION

Master Negative Storage Number: OCI00044.02

Control Number: ADT-5097
OCLC Number : 28746325
Call Number : W 381.568 H629 v.4 HCEL
Title : Historia de la célebre reina de España, doña Juana, llamada vulgarmente La Loca.
Imprint : Madrid : [Hernando, 1893?]
Format : 24 p. : ill. ; 22 cm.
Note : Cover title.
Note : Caption title: Historia de doña Juana la Loca.
Note : Title vignette.
Note : With: Historia de los famosos bandoleros de Andalucía, llamados vulgarmente los niños de Écija. Madrid : Hernando, [1893?].
Subject : Juana, la Loca, Queen of Castile, 1479-1555.
Subject : Chapbooks, Spanish.

MICROFILMED BY
PRESERVATION RESOURCES (BETHLEHEM, PA)
On behalf of the
Preservation Office, Cleveland Public Library
Cleveland, Ohio, USA
Film Size: 35mm microfilm
Image Placement: IIB
Reduction Ratio: 8:1
Date filming began: 9-27-94
Camera Operator: CS

(TRES PLIEGOS.)



HISTORIA

DE LA CÉLEBRE REINA DE ESPAÑA,

DOÑA JUANA,

LLAMADA VULGARMENTE

LA LOCA.



MADRID.
Despacho, calle de Juanelo, núm. 19.


ES PROPIEDAD

HISTORIA

DE

DOÑA JUANA LA LOCA.



CAPITULO PRIMERO.

De cuáles fueron los padres de doña Juana la Loca, y las cosas que pasaban en su palacio.

Don Fernando y doña Isabel, célebres y nunca bien ponderados reyes católicos, ocupaban los tronos de Aragon y Castilla, dando un ejemplo de moralidad y sabiduría á toda su córte, y siendo estimados altamente, no solo por la aristocracia de su época, sino tambien por todos sus súbditos. Muy agradecidos los régios esposos á las muestras de cariño que estos continuamente le prodigaban, no podian menos de espresarles su reconocimiento de una manera más loable, porque estos monarcas no se desdoraban de que cualquier vasallo hiciese parar su carruaje, aun en los sitios más públicos y concurridos, para prestar atencion á lo que les quisiesen manifestar. No obstante de esto, siempre se ha conocido, segun los historiadores, el no faltar nunca entre los palaciegos aquellas comunes discordias y hablillas, hijas de la envidia. Ninguna prueba que caracterice más esta verdad, que la de que hallándose ya en cinta la reina Isabel la Católica, comenzasen á propagar varios personajes, entre los cuales se hallaba don Enrique de Villena, que la sucesion que esperaban no podia menos de ser bastarda; y esto lo deducian de las varias escenas que habian presenciado en palacio. Mas sin embargo de ser don Fernando tan previsor, y de inspeccio-

nar tanto las cosas que le eran anejas, parece que estas voces las tomó por vagas y no se cuidó de ellas; así es, que dichos personajes atribuian la indolencia de don Fernando en este punto, al miedo ó al escesivo amor que profesaba á doña Isabel, la cual unia á los vínculos de esposa el ser nieta de su hermano.

Miras particulares se llevaban el de Villena y otros en difundir por el vulgo tales voces; pero miras que más tarde fueron descubiertas por los que más le vendian amistad, declarando al soberano verbalmente los proyectos concebidos por ellos, y mostrándole por escrito la correspondencia que habian interceptado dirigida á don Juan de Portugal, á la cual contestó inmediatamente don Fernando por medio de su enviado de negocios, Lope de Alburquerque. No habiendo querido don Juan de Portugal dar audiencia al enviado de Castilla, y habiéndolo llegado á saber muy pronto don Fernando, montó en cólera de tal suerte, que nadie se atrevia á dirigirle una palabra. Procuraban aplacarle en algunos momentos de furia, pero todo era en vano; amenazaba que haria entender á sus contrarios lo que merece el que agravia al monarca de Castilla, y que mostraria cuán grandes eran sus fuerzas contra los que le enojaban. Tampoco fueron bastantes á aplacar su ira los ruegos de su hermano don Pedro de Acuña, conde de Buendia, quien le protestaba no se irritase tan terriblemente, que tal vez una fraguada noticia, como podia ser, fuera el motivo del ludibrio y las imprecaciones que dirigia sin distincion de parientes y amigos. Solo á las amonestaciones de un personaje, que por respeto se calla, era á las que daba cabida el rey don Fernando. Este personaje se supo grangear su cariño por su bella cualidad, que era la de todo adulador, logrando con sus palabras henchir el pecho del monarca, cada dia de mayor pasion. Aun la misma reina Isabel tuvo en muchas ocasiones que valerse de este favorito para hablar con su real esposo.

Estos sucesos ocurrian en el palacio de la imperial Toledo, cuando dió á luz la reina Isabel, el 6 de Noviembre de 1449, á la princesa doña Juana de Castilla, muy parecida á su abuela doña Juana, esposa de don Juan III de Aragon, segun afirma el autor de *Las Reinas Católicas.*

El nombre de doña Juana es el de uno de los monarcas que por más largo tiempo han figurado en España al frente de los documentos y órdenes reales, y no obstante se puede afirmar que en pocas ocasiones, ó mejor dicho en ninguna, tuvo parte la aficion á los trabajos que le proporcionaba su elevada gerarquía. Esta especie de

hastio al destino árduo que debia ejercer á la edad que requieren las leyes, se le iba aumentando con los años; por el contrario, cualquier faena á que la dedicasen de las propias de su sexo, la abrazaba con el más indecible júbilo; así es que todavía de corta edad, era la admiracion de cuantos la oian y observaban sus entretenimientos. A esto se puede añadir que su nombre no era más que una mera forma para dar á conocer que la heredera del trono existia.

Cuando pocos años despues su hijo, el célebre Cárlos V, tomó las riendas del gobierno de España, por la habitual imposibilidad de su madre, observó el mismo método, ora porque así lo dispusieron en varios Estamentos del reino, ora porque ella era la soberana en realidad, y ora por respeto y atencion, como lo hizo conocer al renunciar los Estados en su hijo Felipe, al cual pedia encarecidamente hiciese conservar ileso el nombre de su desventurada abuela al frente de los negocios públicos, para no causarla descontento.

Cincuenta años conservó esta soberana el título de reina de España, á pesar de no haber gobernado ni un solo dia; tal era la enagenacion mental de que se hallaba poseida, causada por los poderosos y bien fundados motivos que más adelante se irán conociendo.

El memorable don Francisco Gimenez de Cisneros y el rey don Fernando, ordenaron como gobernadores durante la menor edad de Cárlos V, no se hiciese pública la insuficiencia de Doña Juana, á pesar de estar intimamente convencidos de su incapacidad; de manera que por muchos y reiterados esfuerzos que hicieron algunos para declarar su nulidad, no lo lograron, y eso que para nada les estorbaba, pues que jamás se resintió de que no contasen con su voluntad para ninguno de los actos del gobierno.

Su razon se encontraba sumamente turbada por los impulsos de una lícita y vehemente pasion; por esta causa fué su vida cruel la de un reo aprisionado; y si alguna vez parecia resentirse de su precaria suerte, era para en seguida fomentarla ella misma con los padecimientos de su imaginacion ardiente, creyéndose que tal vez cometeria un desacato contra el objeto de sus más tiernas adoraciones.

Hé aquí el motivo por qué un nombre de suyo tan esclarecido, apenas ha figurado, bajo el concepto político, en el catálogo inmenso de los soberanos españoles; y por consecuencia es enteramente nulo. Mas no obstante de todo, fué reina de esta magnánima y poderosa nacion, hija de los grandes reyes Católicos don Fernando y doña Isabel, y madre del noble y valiente emperador Cárlos V; de suerte, que los pormenores de su vida privada, los motivos por que le so-

brevino su demencia, y el fundamento con que se la llama la Loca, no puede menos de escitar la curiosidad, y con doble causa, porque puede uno mirarse en esta soberana como en el triste espejo de los funestos resultados que las violentas pasiones llevadas al extremo tienen, siempre que no se modifican y reprimen con la razon.

Dotada Doña Juana de talento nada comun, de una viva y ardiente imaginacion, fué educada de una manera no vulgar para aquella época; y especialmente en la lengua greco-latina hizo tan admirables adelantos, que la hablaba con una soltura encantadora. El sábio Luis Vives afirma que de cualquier materia que se la tratase en este idioma, contestaba repentinamente como si fuera en castellano. A estas cualidades unia la de una figura esbelta y de mucho interés; era el tipo de la hermosura, colmada de gracia y dignidad: sus grandes ojos espresivos y rasgados, denotaban el raro talento y energía de su alma, á lo que acompañaban los dignos y elegantes modales de la córte de Isabel, dechado de virtudes y moralidad.

Todas estas grandes circunstancias, reunidas con el poderío de sus padres, hacian de doña Juana uno de esos partidos más aventajados para cualquier jóven príncipe de Europa. Estas mismas circunstancias la constituian en una infanta acreedora á ser idolatrada, aun por los que no tuvieran el placer y el honor de admirarla. Prueba evidente, que no tardaron mucho tiempo algunos príncipes en ver cuál era el que podia ser dueño de joya de tan inestimable valor. Don Fernando y doña Isabel no quisieron tampoco prolongar su casamiento; así es que contando apenas quince años, esto es, en 1494, ajustaron las deseadas bodas con don Felipe, archiduque de Austria, duque de Flandes, de Artois y del Tirol, é hijo del emperador de Alemania, Maximiliano I. Ajustadas que fueron, al instante se dió principio á los preparativos de marcha con el boato y solemnidad dignos de la hija de tan poderosos señores. Una armada de ciento veinte navíos de alto bordo se presentó en el puerto de Laredo, embarcándose en ella quince mil hombres de guerra, no incluyendo la tripulacion. A don Alfonso Enriquez, gran almirante de Castilla, estaba encomendado el mando de esta flota: iba de capellan mayor don Diego de Villaescusa, dean de Jaen; y la encargada por el rey de servir y hallarse á las inmediatas órdenes de la infanta, era doña Teresa de Velasco, esposa del almirante que dirigia aquella expedicion. La cámara y todos los destinos pertenecientes á su persona, se servian por damas y caballeros de la primera nobleza de España; así lo dice en las listas que de ellos forma don Lorenzo de Padilla. Inútil es hacer mencion de las ropas y alhajas que debian de ador-

nar á tan augusta princesa: se puede decir para abreviar, que se habian dispuesto con elegancia y profusion.

Terminados los preparativos, se dirigió toda la real familia por Almazan al puerto de Laredo, para despedir á tan excelsa infanta, escepto el rey don Fernando, que por hallarse celebrando Córtes en Aragon, no pudo verificarlo, muy á pesar suyo. El malogrado príncipe don Juan, hermano de doña Juana, y su augusta madre, la acompañaron hasta la entrada del navío, donde anegados en un mar de lágrimas, se dieron mútuamente el más tierno y afectuoso adios. Adios que resonó por todos los ángulos de la embarcacion, en señal de reconocimiento á las reales personas que quedaban en tierra. El dia 19 de Agosto de 1496 se hicieron á la vela con direccion á los Estados flamencos. Ningun contratiempo se habia notado, ninguna cosa que hubiera venido á turbar la tranquilidad de la ilustre viajera habian ocurrido, hasta tocar en las costas de Flandes, en donde se levantó un temporal tan borrascoso, que se vieron precisados á guarecerse en el primer punto de salvacion que encontraron. Grande era la afliccion de doña Juana al ver en tan inminente peligro su vida; pero Dios quiso que pudiesen arribar en el puerto de Toorlan, en Inglaterra, despues de haber luchado con los embravecidos oleajes que un momento más los hubiera sumergido en lo profundo de los mares. Permanecieron en esta poblacion siete dias, durante los cuales fué la infanta muy obsequiada por las damas y caballeros principales de aquel país, que acudieron presurosos á besar su mano y juntamente á ofrecerla sus servicios.

CAPITULO II.

De cómo se casó doña Juana, los hijos que tuvo y otros asuntos del mayor interés.

Cuando el temporal se hubo apaciguado, dispusieron el viaje hácia Flandes; y el 8 de Setiembre desembarcaron en la bahía de Ramna, puerto situado en las inmediaciones de Holanda, sin otro contraste que haber desaparecido varias alhajas de gran valor de la princesa, porque el navío donde se encontraba su real cámara encayó en un banco llamado el Monge, sitio bastante peligroso. El príncipe que el

Cielo habia destinado para ser esposo de doña Juana, habitaba entonce suntuoso palacio en Laude, pueblo del Tirol; mas cerciorado de la venida de su cara prometida, abandonó este, dirigiéndose con la mayor velocidad á Lieja, donde tuvo el placer de admirar la belleza de la infanta, despues de haberla esperado impaciente en esta ciudad trece dias. Inmediatamente se puso en ejecucion el casamiento, habiéndoles dado las bendiciones don Diego de Villaescusa, dean de Jaen.

Practicadas con la mayor solemnidad y magnificencia las ceremonias de costumbre, pasaron á Amberes, y de aquí á Bruselas, donde fueron colmados de enhorabuenas, y donde tenian dispuestas para su llegada los habitantes de esta provincia muchas fiestas, de las cuales estuvieron los jóvenes esposos disfrutando largo tiempo. Tales fueron las diversiones dispuestas por el pueblo de Bruselas, que afirman algunos autores se le oyó más de una vez decir á Felipe, que de buena gana seria su punto de residencia esta capital.

Es opinion comun que don Felipe era de una arrogante figura, apuesto caballero y muy amigo de vestir con esplendidez. Añádese á esto un carácter amable, por lo cual todos lo apreciaban. Estas cualidades fueron las que le granjearon el renombre de *Hermoso*. La infanta doña Juana, era por el contrario, estremada y enérgica; pero no obstante, se apoderó de ella una pasion tan vehementísima, que desde el instante que le vió le amó con ciega idolatría. El cariño de doña Juana hácia Felipe el Hermoso se aumentaba más cada dia, por el modo de vivir que observaron, y por el buen comportamiento del archiduque, que como jóven, no pensaba en otra cosa que en los placeres; así es que continuamente se hallaban en torneos, saraos y otras diversiones, con las cuales crecia más la pasion de su jóven esposa, contemplando la gallardía y la destreza en las armas de su Felipe. Su marido era el objeto de sus adoraciones, en él tenia depositado su corazon y para él únicamente vivia; el jóven archiduque pagaba este cariño á doña Juana con todo el calor de su corta edad, y las galantes maneras de un príncipe, de suerte que la infanta se contaba por uno de esos séres más felices, y mucho más cuando llegó á notar que pronto iba á ser madre.

Llegó la ocasion en que partieron para Flandes despues de algun tiempo, donde dió á luz doña Juana el 15 de Noviembre de 1498 á doña Leonor, continuando hasta entonces ileso su amor en ambos y no cesando de ser el ejemplo de los esposos bien queridos. A pesar de que aunque no hubiera sido así, bastaba solamente la posesion del fruto de su casamiento para que hubiese tomado más cremento su acendrado cariño.

No tuvo para sus Estados el mejor éxito haber nacido hembra; pero sin embargo, como eran queridos los padres, fué apreciada la hija. Dos años despues, el año de 1500, marcharon á Gante, donde el dia 24 de Febrero tuvieron un hijo, al cual nominaron Cárlos, despues conocido en todo el universo por su fama y poderío. Grande era el alborozo que se veia pintado en los semblantes de los habitantes de aquellos Estados, esforzándose cada cual á expresar la alegría que esperimentaba por el heredero príncipe. Innumerables tambien fueron las fiestas que con tan solemne motivo se ejecutaron, y seria por lo tanto causa de elevar el extraoto de esta historia á una inmensa altura.

Empezaba por esta época ya doña Juana á sumirse en desesperacion, porque desde que la fortuna parecia inclinar todo el favor al recien nacido, empezaba á desvanecerse como por ensalmo la felicidad de la madre del emperador Cárlos V.

La desgracia vino á arrebatar la vida en el mismo año de 1500, á fines de Julio, al infante don Miguel, hijo del rey don Juan de Portugal, último vástago en línea masculina de los reyes Católicos don Fernando y doña Isabel, recayendo por consecuencia la Corona de España en la madre de doña Leonor y D. Cárlos.

Don Fernando y doña Isabel llamaron inmediatamente á don Juan de Fonseca, obispo de Córdoba, y le intimaron la órden de pasar cuanto antes á Flandes para hacer sabedores á los archiduques de este suceso, para que los felicitase en sus reales nombres, y los hiciese conocer la imperiosa necesidad que tenian de preparar su viaje á España, pues ya los aguardaban con impaciencia para ser jurados como príncipes de esta gran nacion, de que el Cielo se habia dignado dejar por únicos herederos. Pocos dias trascurrieron sin que don Juan de Fonseca cumpliera su cometido; pero el hallarse en cinta doña Juana y las muchas y delicadas ocupaciones que en este tiempo llegó á tener Felipe el Hermoso en aquellos Estados, fueron causa de que no se pudiera verificar el proyectado viaje hasta finalizado ya el año 1501, en el cual nació su tercer hijo, (doña Isabel.) Eran tan contínuas las instancias que dirigia don Fernando desde su córte, que se vieron obligados los archiduques á ponerse en camino, aun sin hallarse completamente restablecida doña Juana de la indisposicion de su parto; de modo que resolvieron hacerlo por tierra, atravesando los Estados franceses.

Los soberanos de esta nacion los recibieron con la mayor afabilidad, prodigándoles incesantes muestras de cariño, y tratándolos con el decoro y respeto debidos á tan poderosos señores.

Un pequeño disgusto ocurrido fué la causa de que los archiduques se pusieran más pronto en marcha de Francia para España. Un dia de fiesta salió á misa solemne la real familia francesa acompañada de sus augustos huéspedes. Al ofertorio se acercó una dama á doña Juana, aproximando á su mano una cantidad de monedas para que, segun costumbre, las ofreciese al público en nombre de la Reina. Esta la rechazó con violencia, diciendo: *Haced saber á vuestra soberana que yo no ofrezco por nadie; ¿lo entendeis?* Con el dinero y la respuesta volvió la mensajera á la reina, quien en alto grado sintió un desaire tan marcado; mas tratando de refrenar su enojo, se contentó con pagar aquel con otro mayor, que era el no ofrecerla la salida de la iglesia antes que á la real comitiva. La perspicacia de doña Juana la hizo presentir algo sobre este particular, y efectivamente no se engañaba; porque concluida ya la misa, empezó á reunirse la familia, y sin embargo, ella quedaba en la iglesia. La reina aguardó un poco en la calle, pero doña Juana, haciendo como que ignoraba todo esto, permaneció en aquella posicion largo rato, dirigiéndose luego sola á palacio.

Todo se volvian hablillas en la córte sobre el desaire que queda explicado, y hubiera pasado más adelante si el archiduque no tratase de disculpar á su esposa de los tiros que se la dirigian; por lo cual tuvo que abreviar precipitadamente su viaje para el suelo español.

Ya habian comenzado los dias de 1502, cuando hicieron su entrada en España por Fuenterrabía. En esta capital los aguardaban, segun recomendacion de don Fernando y doña Isabel, don Bernardo de Sandoval y Rojas, que los acompañó por Búrgos, Valladolid y Madrid á Toledo, punto donde estaban convocadas las Córtes generales del reino, y donde despues fueron jurados herederos de la corona de España, que segun cálculo, fué el 22 de Mayo del mismo año 1502. Despues pasaron á ser jurados igualmente á los reinos de Aragon y Valencia, en cuyo viaje les acompañaron sus padres.

De regreso ya de esta expedicion hubo que detenerse en Alcalá de Henares á consecuencia de encontrarse próxima á parir doña Juana. Todas las fiestas que se preparaban en la córte á los herederos archiduqueses, tuvieron que suspenderse para ejecutarlas luego con el doble objeto del nuevo alumbramiento de un príncipe, el cual tuvo efecto el 10 de Marzo de 1503, con el nacimiento del infante don Fernando, quien sucedió despues al emperador Cárlos V en el imperio de Alemania.

Las ocurrencias que habia por entonces en los Estados de Felipe el

Hermoso, no le permitian continuar por más tiempo en España, así es que determinó ponerse en marcha al instante, aun en contra de su voluntad, no bastando ni los ruegos de su madre, ni los de doña Juana, para hacerle desistir de su empeño. Desde esta época fatal data la locura de la madre de tantos reyes. Desde este tiempo fué tan desgraciada una mujer digna de mejor suerte. Cualquier persona que sepa lo que son los celos, podrá juzgar de los que tenía doña Juana, pues se presumia que hasta su sombra iba arrebatarle un esposo tan querido. Felipe por su parte la habia pagado con justo valor el amor que depositara en él, mas se le iba estinguiendo; no le entusiasmaban ya los repetidos halagos de su esposa, y por esto no le causaba sentimiento su partida, verificándola aun antes de que esta se hallase repuesta por la indisposicion de su parto.

En la comitiva que acompañó á doña Juana, formando su servidumbre, cuando pasó á Flandes para efectuar sus bodas, iba una jóven que era la admiracion de todos. Rubia, poseia una hermosura agradable y seductora, graciosa en demasía y de un talento extraordinario. El hallarse en el palacio de los archiduques, motivó que Felipe el Hermoso de vuelta de España, una vez desembarazado de los halagos sin límites de doña Juana, la mirase con tal adhesion, que al fin concluyó por apasionarse ciegamente de los atractivos de la rubia española, cuya magnífica cabellera dorada llegó á seducir su corazon.

No tardó mucho en sucumbir á las reiteradas instancias de Felipe, la que pocos dias hacía no era más que una sirviente y que ahora ocupaba el lugar de una reina. La murmuracion y la envidia empezó á sentirse en palacio, y por consiguiente no duró mucho sin que se divulgase este acontecimiento, de tal manera, que con la mayor rapidez vino la noticia á España, y al momento se enteraron las personas reales.

¿Será posible explicar lo que padeció doña Juana, al ser sabedora de esta noticia? Esta y no otra, fué lo que privó á la archiduquesa de su razon hasta que dejó de existir. Este y no otro fué el más agudo puñal que introdujera Felipe en su amante pecho. Deténgase cualquiera que haya amado en este punto, y considere la fiebre devoradora que se apoderaria de un carácter tan firme y enérgico, como el de doña Juana. Tormentos indecibles sufria; tormentos que turbaban su razon hasta el delirio; hasta no querer abrazar á lo que más queria en el mundo despues de su esposo, que eran sus hijos. Su rostro, siempre triste y demudado, revelaba los atroces tormentos que esperimentaba; su errante mirada parecia como querer distinguir un objeto, el cual encontrado,

apartaba su vista, colmándolo de improperios é imprecaciones; huia de todas las personas y no preferia más que la soledad: en esta hallaba distraccion, dedicando su pensamiento á Felipe, á pesar de serle infiel. Con este motivo determinó abandonar la córte y retirarse á la Mota de Medina del Campo, por estar íntimamente persuadida de que en este lugar se veria libre de los observadores cortesanos, y poder desde allí escribir á la reina Isabel, su madre, notificándola su última resolucion que era la de partir á la mayor brevedad á Flandes, para de esta suerte volver á ser dueña del corazon de su esposo, y destruir cuanto ántes el amor que hubiera depositado en la rubia española. La reina Isabel, ántes que su hija, estaba enterada de todo, conocia perfectamente el ardiente amor que esta profesaba á su marido, y presumiéndose que tal vez su partida seria el móvil principal de un gran escándalo, trató de evitar su marcha, aunque á costa de mucho trabajo. Conocia que las relaciones de amor de Felipe eran demasiado nuevas para que tan pronto pudiese haber un rompimiento. Así es que trataba de disuadirla de la idea de marcharse, poniéndola por pretexto el hallarse sumamente delicada de salud, y tambien el encontrarse su padre celebrando Córtes en Aragon, el cual adorándola tan entrañablemente, sentiria muchísimo el que se hubiera tomado esta determinacion sin su consentimiento. Tanto la reina Católica como su hija doña Juana, llevaban su intencion; la primera, por si podia, sin dar escándalo, desvanecer el amor que habia puesto Felipe en la camarista; y la segunda, porque queria dar una leccion á su esposo, confundiendo á su querida.

No dejaba doña Juana de escribir á su madre con el objeto indicado; pero inútiles habian sido hasta entonces sus súplicas para alcanzar el permiso de esta: habia llegado hasta el punto de mandar á los personajes más influyentes de su córte para ver si por este medio lograba lo que hubiese deseado aun á costa de su vida. Mas viendo que todo era en vano, tomó la determinacion de marcharse sin el consentimiento de su madre, sin que llegase á oidos de su padre, y si era posible, sin que se enterasen más que los conductores de su carruaje. A aquellas personas en quien tenia depositada su confianza, dió las órdenes oportunas para que á la mayor brevedad preparasen los útiles más necesarios de marcha. Todo se encontraba ya dispuesto; pero quiso la casualidad fuese avisada doña Isabel de esta resolucion inesperada, por lo cual mandó inmediatamente á don Juan de Fonseca, obispo de Córdoba, para que la suplicase en su nombre no marchara. A punto de subir al carruaje estaba ya doña Juana cuando llegó el enviado de la reina. Un momento despues no la hubiera encontrado. Man-

dió al instante don Juan de Fonseca se retirase el carruaje, y en seguida, se fué á ver á la archiduquesa, á la cual encontró ya á la puerta del palacio de la Mota, preparada á marchar en traje de camino. Con el acatamiento que requeria su posicion, la hizo sabedora de la órden de la reina Católica, intimándola á que volviese á su aposento; mas la archiduquesa no se hallaba ya en el caso de guardar consideraciones de ningun género, así es que no contestó una palabra; en el calor de su vehemente pasion no encontraba más que misterios, agentes secretos de su rival y de su infiel esposo, que no tenian otro entretenimiento que retardar su partida. El Obispo de Córdoba apuraba en vano sus instancias, aun presentándola á cada palabra el nombre de su madre, pero ya cansada de escuchar, desobedeció la órden y los ruegos de este, y preparándose á salir, dijo: *Dejadme, es un deber sagrado el que no me detenga á nada en este viaje.* Entonces el obispo mandó cerrar la puerta, dejando de la parte de adentro á la desgraciada doña Juana.

Viéndose encerrada esta señora llegó al colmo de su desesperacion y empezó á proferir tanto denuesto y tan insolentes frases, que don Juan de Fonseca se fué sumamente irritado, á pesar de haberlo mandado llamar la archiduquesa por medio de su gentil-hombre de cámara, don Miguel de Ferrera. No quiso volver sino que tomó el camino de Segovia, donde á la sazon se hallaba la reina doña Isabel.

Llegado que hubo don Juan de Fonseca á donde estaba la reina le dió parte de todo lo ocurrido con la princesa doña Juana; á pesar de lo débil que se hallaba y la multitud de negocios que le proporcionaba su alta posicion, se puso en camino para la Mota de Medina del Campo, presumiéndose que tal vez su presencia haria desistir á su hija de un proyecto para ella tan sensible. Despues de los cumplimientos de costumbre y á los cuales no prestaba atencion esta, la prometió que muy pronto iria á reunirse con su marido. *Nunca quiera Dios*, decia la reina, *que ni mi voluntad ni la del rey vuestro padre sea la de apartaros del lado de vuestro esposo, y si otra cosa sobre este particular se han atrevido á deciros, despreciadla.*

Estas y otras razones le esponia Isabel, y ella en su frenesí, no respondió más que: *Son inútiles los ruegos del mundo entero: no cejaré ni un ápice... ¡El padre de mis hijos!... yo quiero verlo...* Pronunciaba estas palabras, y anegada en lágrimas, se arrojaba al suelo, rechazando los cuidados que todos trataban de prodigarle.

Terminadas ya las Córtes de Aragon, no creyó prudente el rey Fernando detener por más tiempo su viaje, porque ya era sabedor de lo que sucedia con su hija, cuya enagenacion mental se fomentaba cada dia.

yera muy posible que el detener más hubiera sido la causa de declarar su locura.

Premeditando esto mismo, mandó aprestar una armada en el puerto de Laredo concediendo al mismo tiempo á su hija el permiso para que practicase su espedicion á Flandes.

Los transportes de alegría que esperimentó doña Juana con la última voluntad de su padre, son indescriptibles, y pocos dias despues se preparaba á hacer su deseada espedicion.

CAPITULO III.

Del mal temporal que fué causa para que el viaje de doña Juana se hiciese más largo, y de la entrevista que tuvo con la querida de Felipe el Hermoso.

El dia 15 de Marzo de 1504 se dirigió doña Juana, acompañada de sus padres, para el punto donde se iba á embarcar (Laredo), pero todo parecia venirle en contra, todo parecia rebelarse á su voluntad. Un récio y contínuo temporal impidió poder darse á la vela. Esto hacia crecer los tormentos de la princesa, y revestiria mucho más de indignacion, porque todo parecia cobminarse para evitar la reunion con su esposo. Dos meses tuvo que residir en Laredo, que fueron los que duró la tempestad; dos meses que fueron dos siglos, si se atiende á la disposicion en que se hallaba esta señora y que agravaron muchísimo sus constantes padecimientos. A mediados de Abril logró hacerse á la vela, llegando en diez dias felizmente á Vergas, distante tres leguas y media de Brujas.

En este punto la estaba esperando su esposo, el cual manifestó un indecible júbilo al volverla á abrazar; y ella, segun el cariño que este la pintaba, pareció completamente olvidada de un resentimiento tan justo. A pesar de darse los dos mútuas pruebas de amor y contento, abrigaban ambos fatales mortificadoras pasiones; el archiduque, por el vehemente amor con la camarista; y por los más rabiosos ce-

los de doña Juana. Pero vivian con la esperanza, el primero de que jamás esta se enteraria de sus amores, y la segunda de vengarse de una mujer que tan grandes sinsabores la habia hecho sufrir.

Desde Brujas se trasladaron á Bruselas y en este punto fijaron su residencia por entonces.

¿Quién puede ocultarse lo suficiente de las investigadoras pesquisas de una mujer perspicaz? Esta reflexion debió hacer Felipe el Hermoso. ¿Quién puede ocultarse tampoco de las escudriñadoras miradas de los dependientes de un palacio, donde es una especie de comercio de los chismes y enredos, dando publicidad en su provecho á todos los defectos de sus soberanos?

Grande paz pareció reinar al principio desde la llegada de doña Juana; el archiduque hacia por no dar á conocer á nadie lo que ocupaba su imaginacion, disimulando en cuanto podia el amor de su rubia, pero se engañaba; ni aun sus pasos más recónditos se escapaban á la penetracion de su esposa. Los mismos palaciegos daban parte diario á su señor de si lo celaba su esposa; y estos mismos palaciegos cercioraban á la archiduquesa detalladamente de cuanto podia contribuir á irritarla más. Por uno de estos llegó á saber que una de las cosas que más habian encantado á su esposo de la camarista, era su hermosísima, poblada y rubia cabellera. Mas no contento aun con esta declaracion, le indicó los sitios y horas donde comunmente se daban las citas.

Con la relacion anterior llegó á agotarse completamente la paciencia de la archiduquesa, porque acabó de conocer que habia empleado en vano todos los recursos que le proporcionara su acendrado amor, para ver si de esta suerte hacia desaparecer de su marido una pasion que ella jamás creyó arraigada, porque la creia un capricho. Sus celos, refrenados por algun tiempo, eran desde esta dia un violento frenesí que aumentaba sus padecimientos. Alguna que otra vez ya habian mediado varias palabras entre los esposos; pero el archiduque, muy enamorado de su rubia, hacia por disculparse, practicándolo con la mayor sangre fria. Estas cosas era imposible durasen así largo tiempo, porque ni el uno podia satisfacer su amor, ni el otro soportar tantas humillaciones y desvíos, y tampoco, porque las pasiones de ánimo no se pueden contener.

Una escena terrible, por un descuido de Felipe, tuvo lugar. Le sorprendió su esposa con la querida... Grande fué el escándalo que circuló por toda la córte, y grande fué el trabajo que le costó contener la furia de su mancillada esposa, porque esta ya no pensaba más que

en la venganza. ¡Y, cosa admirable en esta mujer!... De esta venganza no quería fuese partícipe su esposo, pues, aunque habia llegado á notar el despego y descaro con que solia tratarla, no obstante, lo idolatraba de todo corazon. Su furia era expresamente dedicada para su adversaria, para aquella indigna mujer que le habia arrebatado lo que más adoraba en la tierra. Y gracias que la timidez de abandonar del todo el amor de su marido, la reprimia en parte.

Ya era testigo el palacio de Bruselas de los descompasados gritos, las repetidas contiendas y descompuestas palabras de los jóvenes príncipes, sin embargo de poner cuanto estaba de su parte por disimular el archiduque, para evitar los escándalos.

Los celos habituales de la infanta daban origen á que no cesase de acechar el momento de realizar su venganza; mas llegó por desgracia. Un dia, ¡dia fatal! que paseando su errante mirada por todos los objetos que la circulaban, se encontró con la camarista, echó



mano de unas bien afiladas tijeras, de que siempre iba armada, se lanzó sobre ella cual el águila sobre su presa, y antes de que su contraria lo pudiera evitar, ya la habia despojado de su dorada cabellera. No contenta aun, la llenó de contusiones y arañazos, y podemos asegurar que si los gritos de la camarista no hubiesen hecho acudir al lugar de la sangrienta escena á todos los dependientes del palacio y hasta á su mismo marido, era probable hubiese acabado con la que habia sido causa de sus sufrimientos.

Felipe, viendo despojada á su querida del objeto que más lo entusiasmara, se llenó de indignacion; y fueron tantos los improperios, tantas las palabras ofensivas é insultantes que dirigió á su esposa, que no se le hubieran dicho iguales á la mujer más despreciable de la sociedad.

El haber visto que Felipe la trataba de aquella manera, contribuyó en gran modo á trastornar su juicio. Jamás pudria creer doña Juana semejante trato en su esposo.

La escandalosa escena que acabamos de pintar, no tardó en llegar á oidos de la reina Isabel, y tuvo gran sentimiento, que fué la causa de que se agravase su enfermedad. Sin embargo, procuró por todos los medios que estuvieron á su alcance, introducir la paz entre sus hijos, no siéndola posible lograrlo por algun tiempo; la archiduquesa tenia una herida que no era fácil cicatrizar. Por fin alcanzaron sus súplicas hacer la reconciliacion. Se unieron los esposos, pero no por esto recobró doña Juana su tranquilidad.

Entretanto la salud de doña Isabel decaia por instantes. Sus padecimientos eran continuos, que ya no se dudaba de su pronta muerte. Uno de los principales personajes de la córte, conociéndolo, la aconsejó testara, lo cual hizo dejando por única heredera del reino de Castilla á su hija doña Juana, y en defecto de ésta á don Cárlos su nieto; pero advirtiendo que si la primera se hallaba imposibilitada, y Cárlos no tenia veinte años, gobernase don Fernando hasta que aquel llegara á esta edad.

Efectivamente, el dia 26 de Noviembre de 1504 falleció en Medina del Campo la reina Isabel la Católica, y al siguiente dia ordenó proclamar por reina de España á su hija la archiduquesa de Austria. Las Córtes verificadas en Toro el 11 de Enero de 1505, fueron las primeras que juraron á doña Juana por reina propietaria de los vastos dominios de España. No pudieron por entonces los archiduques abandonar á Flandes, tanto por los innumerables asuntos pendientes en él, como por el avanzado estado de preñez de la reina, habiendo nacido á poco tiempo la princesa doña María.

Restablecida doña Juana de su parto, pusiéronse en camino; mas un fuerte temporal los hizo arribar á Inglaterra, en cuyo reino fueron perfectamente recibidos. Pocos dias despues partieron con direccion á España, llegando el 26 de Abril de 1506 á la Coruña, donde esperaba la mayor parte de la grandeza á recibirlos y rendir un justo homenaje á sus nuevos monarcas. A su paso por Valladolid fueron jurados, y allí disfrutaron de las fiestas que habian prevenido en su obsequio.

Parecia estar en esta época sumamente aliviada doña Juana, no tratando más que de complacer á su esposo en todo, y dejándolo gobernar el reino á su gusto. Pero ¡cuán poco le duró esta felicidad! Así que se concluyeron las Córtes de Valladolid, determinaron recorrer las principales capitales de España para darse á conocer, porque así lo exigian en todas partes. Empezaron su carrera por Búrgos; pero ¡oh desgracia! En una de las tardes que salian á pasear, se acaloró tanto don Felipe en una partida de pelota, que le sobrevino una pulmonía, de cuyas resultas fué víctima á los seis dias, dejando embarazada á doña Juana de seis meses. Falleció Felipe el Hermoso el 29 de Setiembre de 1506, cuando contaba apenas veintiocho años.

Tal fué el poderoso influjo que obró en la imaginacion de la nueva reina la inesperada muerte de su esposo, que muchos dias estaba fuera de sí, y encerrada en el aposento que á ella le parecia más lóbrego y triste. Durante este enagenamiento, se habian hecho los funerales, y por consiguiente el cadáver del monarca sepultado en la Cartuja de Miraflores. En cuanto esto llegó á su noticia, mandó se lo trajesen en una caja bien dispuesta y embetunada, porque no queria vivir lejos de él. Así se practicó, y no permitia que nadie entrase, llevándose los dias y las noches contemplando los restos del ídolo de su amor. (1) Ninguna clase de ruegos la hacian desistir de alejarse del cadáver. En vano eran las amonestaciones del Cardenal Cisneros, inútiles tambien las de las damas y principales personajes, advirtiéndole la necesidad de ocuparse de los negocios del reino. Cerróse por dentro de la habitacion y mandó hacer una ventanita para que por allí pudiesen mandarla algunos alimentos. Muchas veces iban los grandes á hacerla saber la alteracion en que se hallaba España, y contestaba que si su hijo estaba en disposicion, viniese á gobernarla, y que si no su padre; que ella tenia otros deberes más sagrados que cumplir como viuda.

Varios de los personajes creian, al oirla hablar con cordura algunas

(1) Véase el grabado que va al frente de esta historia.

veces, si la querida de su esposo habria usado de algunos maleficios para hacerla padecer tan terriblemente. ¡Qué credulidad la de aquella época! No trascurrió mucho tiempo sin que á la misma reina doña Juana le pareciera insoportable aquella existencia, y poco despues llamó al cardenal Cisneros, haciéndole saber que no podia vivir por más tiempo en la capital donde habia muerto su marido; pero el cardenal queria suspender por entonces la determinacion, á causa de hallarse en un estado avanzado de preñez; mas como la voluntad de doña Juana fué siempre decidida, no se atrevió á oponerse á su mandato. Se trasladó la córte á Valladolid, por órden expresa de la reina.

Haciendo jornadas muy cortas salió de Burgos el 20 de Diciembre de 1506, acompañada de un crecido número de vasallos con hachas encendidas, muchos frailes franciscanos tambien con luces, el prior de la Cartuja y algunos monjes que decian misas diarias por el alma del soberano, cuya caja iba en medio de esta fúnebre comitiva, seguida del coche de la desdichada doña Juana y de las damas y caballeros de su palacio. De esta manera marcharon hasta llegar á Torquemada, donde la reina no quiso pasar adelante, alojándose en casa de un clérico, y exponiendo que el estado de su salud no le permitia seguir. El 14 de Enero de 1507 parió en este pueblo á la infanta doña Catalina.

Triste y desconsolado fué este año para España. A consecuencia de una miseria y escasez grande, se desarrolló una peste que causó innumerables extragos. ¿Y se creerá que, á pesar de ser el pueblo de Torquemada uno de los más invadidos por la epidemia, no bastasen los ruegos del cardenal á que continuara la reina su camino? Muchas y muy reiteradas fueron las instancias que á este le costó, hasta lograr que á fines de Abril se volviese á emprender, la marcha con el mismo aparato que al principio; pero pronto se cansó de viajar. Al llegar á Hornillos, distante dos leguas de Torquemada, quiso fijar su residencia en él, exponiendo viviria con más comodidad que en una grande poblacion. De manera que volvió á encerrarse en este pequeño pueblo con el inanimado cuerpo de su esposo, no cesando de hablarle, ya con cariño, ya con quejas, ya con reconvenciones, que aumentaban más su incurable locura.

Todo seguia de este modo, hasta que la dieron noticias de la venida de su padre á España. Esta noticia la recibió con gran placer, porque al momento manifestó deseos de salir á encontrarse con don Fernando en Castilla, advirtiendo que habia de ser en cortas jornadas y con el mismo cortejo fúnebre. Inútilmente se cansaba el regente del reino, arzobispo de Toledo, para hacerla viajar de dia, sin el cuerpo de su esposo;

todo era en vano; de suerte que no habia otro recurso que repetir todas las noches el entierro. Así caminaron hasta entrar en Tórtoles, poblacion donde tuvo su padre el gusto de abrazarla. Pero, cuál fué la sorpresa de don Fernando al encontrar á su hija más querida en aquella situacion; aquellos ojos tan desencajados, aquel rostro cadavérico, y aquella errante mirada! Cuando se le venia á la memoria lo que habia sido causa de que su hija estuviera en aquel estado, la pena lo ahogaba, y gruesas lágrimas surcaban sus mejillas. Doña Juana estaba inmóvil: *¿Llorais, padre de mi corazon?* le dijo, *vuestra hija ya no puede imitaros. Cuando sorprendí á la querida de mi esposo se me agotaron las lágrimas. ¡Considerad cuál seria mi tristeza!*

Doña Juana habia llegado al último grado de locura, estaba enteramente loca; mas sin embargo, era la reina propietaria de España y su nombre y consentimiento eran necesarios para dar algun carácter á los actos del gobierno. Esta consideracion movió al rey Católico á entrar en algunas consultas con su hija para el mejor arreglo de los negocios y volver otra vez á gobernar los dominios de España. Doña Juana, por su parte, admitió sin réplica alguna cuanto le propuso su padre, poniendo solamente una condicion: que la habian de dejar permaner en la villa de Arcos, *en completa libertad, sin tener que intervenir en otro negocio que pasar los dias que la restaban de esta vida al lado del cuerpo de su esposo*. Mucho trabajaron para hacerla variar de este pensamiento, pero siendo todo inútil se le concedió el permiso, mandando prepararle una casa en Arcos, digna de la persona que la iba á habitar.

Más de año y medio residió doña Juana en la villa de Arcos sin que se hubiese mejorado en algo su locura. Era de ver, segun afirman algunos, las animadas conversaciones que esta infeliz señora tenia con el cadáver de su esposo; conversaciones que aumentaban su delirio, y que en lugar de aliviarla, la agravaban. *¿Por qué no me respondeis, Felipe?* le decia, *¡callais... todavía me sereis infiel!...* Estas palabras proferia á su marido, y otras que causaria lástima escucharlas.

Desde Santa María del Campo le escribió don Fernando á su hija advirtiéndola de la necesidad que tenia de marcharse á Tordesillas y haciéndola saber era poblacion más salubre que la villa de Arcos, y que por consecuencia habia determinado se pusiesen en camino para este punto. Doña Juana, se encontraba perfectamente, segun le contestaba, en Arcos. De manera que viendo el rey Católico que su hija no accedia á sus súplicas, tomó la determinacion de ir en busca de ella para ver si con su presencia lograba lo acompañase hasta Tordesillas. Así lo hizo don Fernando, habiendo podido con el influjo que ejercia

sobre su hija, hacer se marchase á dicho punto, pero viajando con el mismo aparato que las otras expediciones. Sea el haber mudado de temperamento, sea que el viaje no fuese de su agrado, lo cierto es que la reina doña Juana estaba más furiosa cada vez, y tomó más incremento su ya incurable enfermedad.

El anciano Luis Ferrer era el que estaba encargado del cuidado de doña Juana, y al cual esta no podia ver; por eso encontraba en ella una oposicion enorme á todo lo que la encargaba hiciera, complaciéndose en ejecutarlo al contrario. Si la rogaba, por ejemplo, se acostase en su cama, lo hacia en el suelo; si disp nia que se trasladase á otra habitacion más decente y ventilada, cerraba con más fuerza los cerrojos de la en que estaba. Cuando hacia frio, desechaba las pieles y objetos de abrigo que le proporcionab n, y cuan to más la suplicaba Luis Ferrer se vistiese y asease, con más empeño andaba súcia y mal vestida. Poco tiempo despues se le puso en la cabeza la manía de no comer ni beber; y hubo ocasion de que pasasen tres dias sin tomar nada, hasta que acosada por el hambre, tomaba algo, empeñándose que los platos donde le mandaban las viandas no saliesen de su habitacion, de suerte que estos objetos súcios con otros, daban un olor insoportable á aquella morada, é imposible por tanto de aguantarlo. Momentos habia en que despues de un gran delirio, gozaba de alguna razon, y se lamentaba de que habian arrancado la corona de sus sienes, y no contentos sus enemigos con un rapto de este género, la habian sepultado en un calabozo tan hediondo y custodiado por un carcelero tan despreciable.

Estas palabras llegaron con la velocidad del relámpago á oidos del Católico don Fernando; así es, que al siguiente año de 1510, cuando pasaba para las Córtes de Monzon, hizo por visitarla, y cerciorado de todo lo que ocurría, reunió un consejo de los grandes para deliberar sobre el método que se debia observar en adelante con su hija, porque sabia que la presencia de don Luis Ferrer la martirizaba; del consejo salió, que despues de haberla provisto de todo lo necesario de aseo, ropas y alimentos, se eligiesen doce señoras para que cuidasen contínuamente de ella, y cada una se quedara una noche en vela para obligarla á vestirse, desnudarse y mudarse de camisa, aun en contra de su voluntad. Veinte dias estuvo el rey Católico acompañando á doña Juana, en los cuales estuvo menos mal; pero despues que se la obligaba á ejecutar lo pactado por su padre, se apoderaba de ella una furia tan grande, que nadie podia permanecer á su lado. Más previsor el cardenal Cisneros que los grandes de que se habia compuesto el consejo, creyó oportuno jubilar á don Luis Ferrer, porque

opinaba que tal vez nombrando á otro lo pasaria mejor doña Juana; así lo hizo, sustituyéndolo con don Fernando Ducos de Estrada. Este caballero fué tal la habilidad que mostró en el desempeño de su cargo, que á poco tiempo logró que comiese y bebiese, que durmiese en su lecho, que se aseara y vistiera, y hata que mudára de habitacion, porque ya la suya no era más que un fétido muladar. Se llegó á fortatecer su físico, porque con su habitual finura y modales, logró este caballero el que fuese á misa y que asistiese á varios actos religiosos.

Ya sus accesos de locura eran menos constantes; así es que determinaron apartar de su vista el féretro de su esposo, siendo conducido algunos dias despues á Granada, y aunque fué grande su exasperacion cuando lo echó de ver, pudo al fin don Fernando Ducos de Estrada tranquilizarla. Pero no se crea que por esto llegó á ponerse buena del todo; jamás esta infeliz reina llegó á recobrar su perdida calma. Sin embargo, el Católico rey le escribió á Estrada, dándole las más afectuosas gracias por el servicio que habia hecho á su hija.

En esta época no habia ya una sola persona que no estuviese enterada de la enfermedad de la reina doña Juana; pero no obstante, conservaban alguna esperanza de alivio, hija más bien del deseo de súbditos, que de la posibilidad.

En las Córtes que se celebraron en Valladolid por Enero de 1518, se decretó que si en algun tiempo la reina doña Juana se hallaba en disposicion de mandar los vastos dominios de España, cesase de su gobernacion el Católico rey don Fernando, y que doña Juana fuese la soberana absoluta.

CAPITULO IV.

De las disensiones que habia en España, y muerte de doña Juana.

En muchas de las disensiones que habia en España con varios partidos que empezaron á formarse unos á favor de doña Juana, otros al de su hijo don Cárlos, otros al de su padre, y algunos otros

que deseaban viniese á gobernar el emperador Maximiliano I, su suegro; así es, que ya en 1520 peleaba la España por su libertad agonizante. Los partidarios de Cárlos V levantaron en Castilla el pendon de la independencia, y los jefes de unos y otros partidos, para dar valor á sus determinaciones, acudian á doña Juana. El cardenal Cisneros, entonces regente y gobernador del reino, fué el primero que determinó apelar á la reina para ver si podia salir de las apuradas circunstancias en que los partidos habian colocado á las provincias y particularmente á Valladolid.

Cuantos iban á tratar sobre asuntos tan delicados con la reina, salian sumamente descontentos por no obtener nunca una contestacion digna de aplacar los ánimos de los revolucionarios. Pero el grande talento del cardenal gobernador y de todos los que componian su real Consejo, logró, aunque á costa de un incansable trabajo, aplacar las turbulencias; y poco despues, cuando falleció el rey don Fernando el Católico, empezó á gobernar la España el Emperador Cárlos V, por no hallarse con la capacidad suficiente para ello su madre doña Juana. Ya la ocupaba á esta señora otro pensamiento que habia venido á acibarar más su miserable vida. El marqués de Denia le trajo la noticia de haber fallecido su padre, noticia que la puso rematada del todo; invocando sin cesar los nombres de su esposo y de su padre con tan fuertes y descompasados gritos, que habia ocasiones en que todos temian por su vida. Ninguna dama ni caballero se atrevian ya á permanecer solos á su lado. Sus ensangrentados ojos, su descarnada cara, su descompuesto cabello, todo inspiraba horror.

En este triste estado pasó el resto de su vida la infeliz reina en el palacio de Tordesillas, donde estuvo cuarenta y seis años luchando con lo que todos conocen, y no existiendo otra cosa en su imaginacion que la memoria de su adorado padre y los celos de su idolatrado esposo.

Despues de conocidos los hechos que se han acabado de referir, lo restante de su vida, que á pesar de los largos y terribles sufrimientos, fué larguísima, no ofreció novedad digna de mencionarse.

La reina de España, doña Juana, alargó sus dias hasta los setenta y tres años, sin que su incurable mal hubiera podido hallar un correctivo, pero en los últimos meses se agravó extraordinariamente. Nunca tuvo dolencia de otro género; de manera que á haber vivido Felipe el Hermoso mucho tiempo, hubiera tenido que expiar su mal proceder para con esta reina, acreedora de mejores miramientos.

A principios del año 1555 empezó á enfermar de bastante consideracion, llegando hasta el punto de no querer tomar ninguna medicina. Cuando la obligaban lo arrojaba al suelo ó á la cara de quien se la hacia tomar. Tres meses pasó esta señora en la agonía, no habiendo ya una persona que quisiera permanecer en su compañía. Todos estaban fatigados, aburridos de sufrirla. Gritos desaforados y lástimeras voces eran las que se oian en palacio, y todo cuanto se hacia para tranquilizarla era nulo; en lugar de aliviarla escitaba más y más su furor.

El marqués de Denia, que era uno de los que continuamente estaban á su lado, le escribió al rey, su hijo, advirtiéndole de esto mismo; á lo que contestaba Cárlos V: *Sufrid con resignacion las impertinencias de mi pobre madre, que el Cielo os recompensará.* Lo mismo le contestaban las demas personas reales.

Dios quiso, por fin, recojerla bajo su amparo; pero se asegura muy de positivo que poco antes de morir recobró perfectamente su entendimiento; y cual el que despierta azorado por mágicos efectos de una terrible pesadilla, y queda despues inmóvil y sumergido en un grande abatimiento, así quedó esta soberana... tranquila, por lo que dedicó su pensamiento á orar fervorosamente, y á la disposicion de su alma, á lo cual le ayudó con su inimitable celo San Francisco de Borja, duque de Gandía, que dió la casualidad de hallarse presente á tan terrible acto. El dia 11 de Abril de 1555 y en su misma noche, que era la del Jueves Santo, finalizó su larga y penosa existencia, siendo sus últimas palabras *Jesucristo, acojedme en vuestro seno.* Así terminó esta soberana española; poseida de una pasion, aunque lícita, exagerada. Se vuelve á repetir, que si el archiduque hubiera existido, habria expiado terriblemente su crímen solo con ver el incomparable daño que habia causado á una reina que no tuvo otro delito que adorarlo con ciega idolatría. ¡Ejemplo terrible, para despues de conocido procurar refrenar las exajeradas pasiones, que no traen otro resultado que males sin cuento, como se podrá conocer por el retrato que se ha trazado de la reina de España doña Juana la Loca!

FIN.